

La vida literaria*

JOAQUÍN RESTREPO C.

Estudió Comunicación Social y Periodismo.
Egresado del Taller de Escritores de la Universidad Central.

Tears such as Angels weep...
PARADISE LOST, I-620

I

Era mi intención que, cuando llegara a cuarto semestre, no inscribiría tantas materias. Quería relajarme un poco, porque los periodos anteriores fueron demandantes. Pero seguí el consejo de mi papá cuando me dijo: “Debes terminar la universidad cuanto antes, no puedes darte ese lujo.” Al final inscribí 20 créditos, lo que significa que vería seis asignaturas. Entre ellas, había una electiva muy apetecida por los estudiantes: Introducción al canon literario, con el profesor Ichabod Gray. En semestres anteriores quise meterla, pero siempre estaba copada. En esa ocasión, sin embargo, obtuve el último cupo disponible.

Difícil saber qué hacía tan popular las clases de Gray. Las chicas eran encantadas con sus charlas sobre Austen y Brontë. También se hablaba de sus cátedras sobre Dante, Shakespeare y Dunsany. En mi caso, no me interesaba ninguna escuela o autor en particular, sino que, a fuerza de tanto oír de su fama, me invadía la curiosidad de atender a sus lecciones. Quizá después, cuando obtuviera un estrepitoso reconocimiento, yo exclamaría con jactancia erudita: “Él fue mi maestro”. Una amiga me hizo notar lo literario de su nombre y que, además, fuera colega del personaje de *Sleepy Hollow*. Solo unos padres con alma bohemia se permitirían la veleidad de lla-

mar a su hijo “Ichabod”. Pero Gray nunca bosquejó su vida personal en las clases, a excepción de una trivialidad que referiré más adelante.

Llegué puntual a la primera clase. Gray entró y los cuchicheos cesaron de inmediato. Era tan alto como me lo habían referido, delgado y de piel rojiza, siempre vestido de paño café y corbata carmesí. Era graduado del King’s College, donde también obtuvo sus doctorados. Cuatro años antes, la universidad de La Pradera lo invitó a ofrecer una serie de conferencias sobre el realismo mágico. Se quedó un semestre tras otro, y así llevaba tres años. No se le veían ganas de irse, pese a que cualquier sabueso de Recursos Humanos olfatearía a la legua su condición de “sobrecalificado”.

Cuando la clase terminó, estuve a punto de caer de rodillas ante Gray y exclamar: “Yo hablaba de lo que no entendía, cosas demasiado altas para mí; de oídas te había oído, mas ahora mis ojos te ven y me arrepiento en polvo y ceniza”. ¡Quién sabe cuántas letras habían pasado por esos ojos célicos y cuán caudaloso torrente de reflexiones corría bajo su pelo rubicundo! Pasamos con gloria por Dante, Shakespeare, Cervantes, Rabelais... y llegamos a Milton, el más ignoto de todos los autores para mí. Cuando Gray preguntó si alguno había

oído de *El paraíso perdido*, solo uno levantó la mano.

En la clase introductoria me intrigó que Gray llamara a Milton un “Homero inglés”, no solo por lo de poeta épico, sino porque también se quedó ciego. En principio me cautivó el pasaje en que Satanás incursiona en la ruta hacia el planeta recién creado; su enfrentamiento con el rey Caos, a quien le promete una recompensa si lo ayuda a encontrar el camino. Al fin, el ángel caído cruza el gran golfo del universo hasta alcanzar la Tierra y se llena de furia cuando contempla el Edén. Peor se pone cuando, parapetado tras un arbusto, espía la felicidad de Adán y Eva. *Y de besos puros él colmó sus labios de mujer. El Diablo se volvió preso de envidia, y al mirarlos celoso y malicioso de soslayo, se lamentó a sí mismo: “Disfrutarán de un cúmulo de dichas sobre dichas, mientras yo, arrojado en el Infierno, carezco de felicidad y amor”.*

Inolvidable fue la mañana en que leímos con Gray el libro sexto de *El paraíso perdido*: acuciado por las preguntas de Adán, el ángel Rafael le relata al primer padre la batalla entre los ángeles rebeldes y los que se mantuvieron fieles a Dios. Pusimos los pupitres en círculo, y solo una estudiante me separaba de Gray. Observé su edición de *El paraíso perdido*, de páginas amarillentas y lomo trajinado. Destacaban las ilustraciones de Doré. Gray confesó haber leído *El paraíso perdido* más que cualquier otra obra: cada año retornaba a su lectura. Hasta se atrevió a desmentir a Poe, quien juzgó la obra incapaz de transmitir éxtasis poético, cualidad exclusiva de los poemas que se leen en una sola sentada. De modo que en un solo día leyó los doce libros sin pararse siquiera al baño. Solo esa anécdota de su privacidad se animó a confiarnos.

En la lectura de esa mañana, llegamos al momento en que las huestes angélicas se



enfrentan y se produce la conmoción celestial. Desde mi puesto observé que Gray tenía varios pasajes subrayados o señalados con asteriscos y corchetes. En alguno de los renglones, la tinta aparecía corrida, como si gruesas gotas hubiesen caído sobre esas bélicas palabras. *Por lo alto pasaba el lúgubre silbido de millares de flechas encendidas, y su vuelo cubría a ambos bandos como si fuese una cúpula. Así, debajo de este velo ardiente se arrojaron el uno contra el otro...*

Esta batalla me recordaba algunos pasajes de la *Iliada*, en que los guerreros se intercambian insultos envueltos en palabras floridas y luego se acometen a ver a quién vence primero. Pero, a diferencia de los poemas de Homero, un problema agudizaba la batalla celestial: por más fieros golpes que recibieran, ningún ángel moría. El combate se mantuvo por horas, que en el cielo se traduce a periodos embolismales. Cuando viene la noche, Satanás se retira a sus cuarteles. En su tienda concibe la idea de extraer nitrógeno del suelo y así forjar armas de fuego, de cuyo sonido y

letalidad nadie había oído antes. Este invento aciago sembró el terror a la mañana siguiente. *Máquinas de garganta tan profunda, cuyo rugido destripaba el aire... Encadenados rayos y una espantosa granizada de esferas de hierro.*

Los cañones de Lucifer dejaron a millares de ángeles postrados y parecía que su proyecto de derrocar a Dios prosperaba. Pero entonces, al tercer día, Dios Padre saca su as bajo la manga y envía a Su hijo.

El ruido de su carruaje sorprendió a los ángeles leales con una dicha inesperada y celebraron cuando vieron aparecer el estandarte de su general. El Hijo de Dios pidió a Su hueste retroceder, pues solo Su diestra bastaría para lograr la victoria... *Y lleno de ira se lanzó. Directo avanzó sobre aquellos impíos enemigos, tenebroso como la noche. Pronto se encontró de lleno entre ellos, con diez mil rayos en su mano derecha que lanzó por delante y que causaron dolorosos reveses en sus almas.*

Los insurgentes, hasta hace poco ufanos de sus avances, ahora abandonaban sus armas y huían de la devastación que el Hijo ocasionaba en sus filas. Lucifer contemplaba incrédulo el revés de su suerte. En el muro fronterizo se abrió una brecha; y así, *de cabeza se despeñaron todos del límite del Cielo... Durante nueve días estuvieron cayendo. El Infierno por fin abrió sus fauces y a todos recibió, y tras ellos se cerró; al Infierno, su apropiada mansión, rebosante de inextinguible fuego, albergue de dolor y de pena.*

El libro sexto no terminaba allí, pero Gray detuvo la lectura. De pronto vi que apuró una mano a su rostro. Un apagado sollozo se le escapó, se puso de pie y salió del salón. Todos quedamos atónitos. Regresó a los diez minutos con los ojos vueltos un arbol. Recogió sus libros y, deteniéndose en el umbral del salón, dijo:

—Les pido releer este pasaje. Habrá quiz dentro de ocho días.

II

Ninguno se atrevió a preguntarle por la sentimental reacción de esa clase. Tal vez padeció el esquivo síndrome de Stendhal. Lo cierto es que, en las siguientes lecturas de *El paraíso perdido*, esa escena no se repitió.

El primer obstáculo para intimar con Gray era su apabullante talla nórdica, sumada a la reverencia que inspiraba su vuelo intelectual. Apenas terminaba una clase, él ya no tenía nada más que decirnos; si uno se lo encontraba fuera de esa hora, fuera de ese lugar, no te conocía, no hacía el menor esfuerzo por saludarte. En fin, era inglés y, por tanto, *a very private person*. Al semestre siguiente, Gray canceló la electiva de Introducción al canon literario. Al parecer se concentraría en una investigación.

Cuando cursaba noveno semestre, fui una tarde a la biblioteca porque buscaba unos libros que me serían útiles para la tesis. Luego de que el bibliotecario me ayudó a encontrarlos, me dirigí a los ventanales que dan al fondo del cuarto piso —mi sitio favorito en la biblioteca—, pues allí casi nunca había gente y se disfrutaba de una vista estupenda a los cerros orientales. Llevaba menos de un cuarto de hora leyendo cuando, de pronto, oí a mi derecha unos suspiros. Hasta entonces me creí solo en esa sección. Me paré y me asomé al rincón de donde salían los ruidos. Me encontré a Gray sentado en un cubículo. Tenía los codos puestos sobre la mesa y las manos bajo las mejillas. Tenía adelante *El paraíso perdido*, abierto en la misma página que alebrestó su *spleen*. El llanto acudía a él con abundantes gemidos.

Me iba a retirar de puntillas, cuando de pronto el profesor quitó las manos de la cara y se encontró conmigo. Me sentí como si lo sorprendiera en un crimen. En su mirada él expresaba la misma sensación.

Casi contra mi voluntad, le pregunté:

—¿Qué pasa, profesor? ¿Por qué eso lo pone tan mal?

El sudor me brotaba del pecho, la espalda, la frente. Su respuesta me dejó desorientado:

—Solía llamarme *Phanuel*, nombre que ya no deben de recordar en el cielo.

Lo que sigue he tratado de escribirlo tal como lo recuerdo. aguardo que mis encandiladas impresiones falseen a lo mínimo la verdad:

—Perteneía a la legión del arcángel Arioc. El día en que Dios me creó con otro millar de serafines fue... bueno, ya no lo recuerdo con detalle, pero bien me acuerdo del regocijo de esos primeros días, cuando era tan joven. Repleto de vigor, extendía mis alas tornasoladas en el firmamento. A veces mi paladar se acuerda de las doradas manzanas que servían en nuestras mesas, del néctar color rubí que sorbíamos en cálices de perla. Tendidos sobre flores, coronados con frescas guirnaldas, saboreábamos manjares en la gozosa comunión de los inmortales.

Sabe usted —dijo señalando al ventanal—... este paisaje me recuerda a los collados de Biatar y los fértiles valles de Romura... ¡Qué no daría yo por pisar de nuevo esas regiones celestiales! Me acuerdo de los grabados de mi escudo y de la empuñadura de mi espada, la cual jamás desenvainé hasta que llegó el horrendo día de la rebelión. Ocurrió una noche en que nuestro principado Arioc nos apuró para acudir al monte de la Asamblea. Allí Lucifer congregó a otras legiones para transmitirles una aflictiva noticia. Estaba iracundo, indignado, pues cuando creyó que Dios lo colmaría de una mayor gloria y lo sentaría a Su diestra, hizo aparecer a Su Hijo. Dijo que desde siempre había existido con Él, pero solo hasta ahora lo revelaba. Solo Él sería semejante a Dios y solo Él sería digno de poner su asiento sobre las estrellas.

Como usted mismo vio en el currículo de la asignatura, la batalla duró tres días. Entonces apareció el Hijo en Su carruaje. Todavía hoy cuando me acuerdo, suelo desvelarme en las noches.

Lucifer nos incitó a la sedición, nos prometió altísimos tronos y nos juró que reinaríamos con él sobre el monte del Testimonio. Juzgaríamos al Padre y al Hijo, quienes se verían obligados a refugiarse en la corte del rey Caos, allá en los confines del universo. Los allí presentes levantaron unánimes sus espadas, y como estruendo de muchas aguas celebraron el nombre que no se pronuncia más en el Cielo.

Al finalizar su discurso, Belcebú, uno de sus capitanes, exclamó: “En verdad, todos creímos que la exaltación sería para nuestro general, el Lucero de la Mañana, el príncipe de los aires. ¿Qué lealtad le debemos al Hijo? ¡Principados, tronos, huestes, a vuestros pabellones!”

Pero Abdiel no toleró la afrenta contra el orden. Él fue el único de esa multitud que no se dejó embaucar con las promesas de Lucifer y, en cambio, se marchó a enterar de la conspiración a los otros ángeles. Por mi lado, creo que yo estuve a punto de imitarlo. Ignoro qué me detuvo, porque estuve a punto de hablar y de reprocharles a todos su traición. Pero no sé... creo que el número de rebeldes me intimidó. Éramos tantos que creí cierta la victoria. Como usted mismo vio en el currículo de la asignatura, la batalla duró tres días. Entonces apareció el

Hijo en Su carruaje. Todavía hoy cuando me acuerdo, suelo desvelarme en las noches. Un solo disparo de Su arco nos derribó por el risco del Cielo. Salí expulsado como una piedra de catapulta, pero logré aferrarme al muro que se había abierto para nuestra merceda expulsión.

La furia del Hijo rugía y yo tuve que agarrarme más fuerte al pedernal. Entonces grité: “¡Hijo de Dios, ten compasión de mí!”

Del carruaje salía un destello cegador. En el ambiente se mezclaba un ruido de torbellino y el grito de los insurrectos, que se precipitaban como lluvia de asteroides a la fosa universal. Luego de un tiempo que no puedo determinar, sentí cesar la agitación. Mis dedos aún se aferraban al muro. Entonces abrí mis ojos, y vi que allí estaba el Hijo junto a su ejército. Detrás de mí estaba el abismo perlado de galaxias. El Hijo entonces habló: “Phanuel, que no supiste mantener tu dignidad, digno de hundirte en el lago de fuego con Lucifer y con quienes vanamente le siguieron, ¡el que no es conmigo, contra mí es!”.

Caí de rodillas y derramé lágrimas como solo los ángeles saben derramar. ¿Qué podía argumentar en mi defensa? Entonces el Hijo añadió: “Sin embargo, como no actuaste del todo convencido, sino que en algún momento quisiste permanecer fiel como Abdiel, he decretado un castigo diferente para ti, a una prisión de muchas galerías. En verdad te digo: no saldrás de allí hasta que pagues hasta el último céntimo”.

Enseguida salió de las filas el arcángel Miguel y se me acercó. Puso su dorada sandalia en mi pecho y me arrojó al abismo. Mientras caía, vi cómo las puertas del Cielo se encogían. Todo se puso oscuro.

Me hallé de repente acostado en un camarote que se bamboleaba. Mis ojos se hirieron con una luz gris. Mi mano palpaba el batir de las olas contra el maderamen. Mi nariz se ofendió con el olor de pescado

podrido. A mi alrededor se arremolinaban marineros en un endemoniado afán. Uno de ellos me sacudió y me dijo: “¡Anda, a cubierta, el capitán acaba de avistar a Moby Dick!”.

Cuando subí, vi la inmensa ballena romper el mar. Tomamos los arpones y nos subimos a los botes. El que ha sobrevivido a esa novela conoce la tragedia en la que terminó nuestra cacería. Yo morí aquella vez, como en otras tantas páginas de otros tantos libros. Desde entonces, mi peregrinaje ha sido azaroso y múltiple. En cuanto a embarcaciones, he cruzado en varias rutas con Simbad y me he adentrado con él en el valle donde las águilas empollan diamantes. He estado bajo órdenes del capitán Nemo; me ha tocado dos veces en el Nostromo. Estuve a punto de sobrevivir junto a Robinson en el naufragio, pero la peña de salvación estaba destinada para él.

He cruzado el ponto con Odiseo, pero cometí el sacrilegio de las reses, y fui uno de los que murió. Viajé con los Argonautas para obtener el vellocino de oro y con Eneas para alcanzar la espigada tierra de Italia. Travesías con san Brendán y el Preste Juan no me han faltado. ¿Qué más le podría contar? Usted me encuentra como jornalero en las novelas de Tosltoi, minero en Yolombó, resignado cauchero en *La vorágine* o niño de la infortunada Cruzada. Alguno de los huérfanos que lo entretienen en las novelas de Dickens o Hugo, uno de esos soy. A veces me doy a la tarea de leer y encontrarlo, a ver si me acuerdo de cuál de ellos he sido (y quizá volveré a ser); algún opaco funcionario en *La comedia humana* o bananero en Macondo, cuando la masacre. Forajido junto a Martín Fierro y Hadzi Murat... y, junto a ellos, ajusticiado y ejecutado. He sido una provinciana aletargada que pretende encontrar la felicidad en sus amantes... En eso Flaubert se equivocó, porque Madame Bovary no es él, sino yo,

¡mil veces yo! Tres o cuatro veces he llevado el mismo nombre y ocupación actual, y he desaparecido tras encontrarme al jinete sin cabeza. En un gesto de ironía divina, he vuelto a ser un ángel, aquel peliblanco y de alas andrajosas que los habitantes de un pueblo caribeño encerraron en un gallinero. En un principio no sabía que mi existencia se arrastraría por las páginas de la literatura universal. Explorando las bibliotecas de mis cuantiosas vidas, lo he ido descubriendo.

Gray decía todo esto sin mostrar un dejo de sarcasmo, con la inspección íngnima que dominaba en sus ojos.

—Usted pensará que es lo máximo tener una vida de novela, pero no cuando usted está destinado a ser el personaje infortunado. ¡Cómo quisiera ser un mero sujeto de la vida prosaica, con alegrías y tristezas repartidas por igual! Sí, tal como usted o el bibliotecario de allá al fondo, y no vivir los extremos estereotípicos de la vida literaria. A usted solo le basta sentirse contrito, pedir perdón y eso es todo... Dios lo recibe en Su reino. Para lograr eso mismo, a mí me ha tocado gatear una estepa, remar un océano. Pero si me comparo con los demás sublevados, yo he contado con mejor destino. Al menos algún día este nomadismo acabará. Ellos, por el contrario, están por siempre condenados, por siempre irredentos, atados al grillete de una decisión eterna. No aspiro a que me devuelvan mi trono, ni mi mansión ni mi potestad. Bastaría con que Dios me recibiera como al más bajo de Sus siervos. Tan solo pararme a las puertas del paraíso y que un rayo de la luz empírea me calentara en las mañanas... ¡Sí! con eso me bastaría...

Apostilla

Después de ese día, no vi más a Gray en la universidad. Tal vez le pesó revelarme su secreto.

Solo he confiado a una persona mi entrevista: el padre Ángel Richelme, capellán de la universidad y profesor de la Facultad de Teología. Él considera el testimonio de Gray improbable; su negativa no nace del mero pudor doctrinal, al menos no como se esperaría de un canónigo del Opus Dei. En primer lugar, argumenta el padre, si en el canon literario hubiera sitio para un ángel timorato, Dante ya lo fijó en el umbral del Limbo, donde corren las aguas del Aqueronte y un papa les hace compañía (*Infierno*, III; 22-69). De esa lectura se concluyen dos cosas: que Gray no sería el único ángel en vivir esa errante condición, tal como asevera, y que el lugar de su penitencia no admite mudanza de espacio ni tiempo. Por otro lado, aceptar la doctrina implícita en *El paraíso perdido* conlleva a abrazar la ortodoxia cristiana y la sugerencia de vivir en múltiples dimensiones (al menos más de tres) no encaja en ella. Quizá previendo esa imposibilidad, Clemente Romano preguntó en su epístola a los Corintios: *¿Qué mundo va a recibir al que deserta del servicio de Dios?* (XXVIII).

—Pero aun si me viera forzado a creerlo —me dijo el padre Richelme—, me serviría de esto para examinarme y no caer en la misma negligencia. Me vaciaría de toda soberbia y guardaría temor reverente. Recuerdo la frase de Kempis, que en los días de seminario nos repetían tanto los superiores: “Si cayeron las estrellas del cielo, ¿tú, que eres polvo, de qué tanto alardeas?”